



VISTA DEL CHALONS SOBRE EL SAONA.

Ahora que se prepara una corona para el gran poeta D. Manuel José Quintana, nos parece conveniente insertar el preámbulo del juicio crítico de sus obras que empezó á escribir un amigo nuestro, y que acabará, Dios mediante, cuando sus ocupaciones se lo permitan.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Dos elementos constituyen la síntesis de la crítica generosa que se aplica á discernir y juzgar las obras del ingenio. El uno las considera bajo el aspecto de las formas con que se manifiestan y revisten las ideas, y el otro, que elevándose á la ciencia de donde emanan, se eleva á su origen, escudriña las regiones del genio creador, arranca su secreto al corazón y á la inteligencia hija de Dios y á él semejante, é investiga las leyes morales que rigen el espíritu humano, y que como emanaciones constantes de la naturaleza, preparan los cataclismos sociales que mas tarde ó mas temprano se verifican en el universo moral. El elemento crítico sirve para juzgar las creaciones del ingenio segun su belleza y conveniencia exterior y sensual, que puede someterse á reglas y convenciones mas ó menos naturales, mas ó menos artificiales, segun el modo de concebirlas y formularlas. El elemento segundo, que es la crítica verdaderamente filosófica, se aplica á la investigación íntima de la humanidad inteligente, prescindiendo de las formas objetivas mas ó menos perfectas con que las ideas se encarnan. Aunque directamente se aplique este elemento de análisis á

las obras de un individuo determinado, no es la persona la que examina, sino el origen de sus ideas, el modo con que han nacido é influido en la sociedad, en la humanidad completa, y la manera con que las necesidades y progresos del entendimiento han provocado la fecundidad del genio y del talento, y dirigido su camino progresivo. Así, el estudio de las creaciones populares mas lejanas del arte da por resultado el hombre histórico en progreso ó retroceso intelectual.

Bajo este aspecto filosófico vamos á considerar, pues ya diversas veces lo fuéron bajo el del arte, el carácter de las obras de uno de nuestros mas célebres escritores y poetas, que puesta una mano en el siglo XVIII, alcanza con la otra á mas de la mitad del siglo actual, y cuya larga edad espera, vivo aun, el fallo que empieza á realizarse, y que se dará sobre su gran genio, su probidad intachable, su amor á las glorias pátrias, su dedicacion á las libertades nacionales, su constancia en la lucha de las ideas, y sobre todo sus virtudes cívicas y morales. Resto casi único de una generacion de hombres patricios y liberales que va desapareciendo, ¿por qué hemos de esperar que una losa cubra su abierto sepulcro, sin que oiga la voz de respeto que tributamos á sus merecimientos? Pues qué, porque sus obras literarias sean su fiel retrato; porque el elogio que merecen no sea separable de su persona; por temor de ofender su modestia, ¿hemos de condenar al silencio nuestra razon? La amistad y la gratitud hácia aquel que pisa los bordes de la tumba, y que está lejos del poder, solo puede referirse á sus ideas, á su enseñanza, á sus virtudes; y el que toma la pluma ahora para espresar sus opiniones sobre los escritos del señor D. Manuel José Quintana que se han publicado, no es un hombre

24 DE SETIEMBRE DE 1854.

acusable de apasionado, ni de ser guiado por el espíritu de un partido (1) tan deprimido por los mismos que antes le divinizaron con exceso mientras les fué útil el sistema de ideas que calumniaban y vilipendian. La apostasía que produce poder, riquezas y honores, no bajará á la tumba desnuda, ni desacompañada, pero si sometida al juicio justo y severo de la posteridad, que volverá las espaldas á los mausoleos que ocupen sus restos mortales. Pero si aun engañaron á los hombres; si estos, ciegos, doblan su rodilla ante sus estatuas, no por eso se crean triunfantes, pues el tributo que los mortales les rinden no recaerá sobre ellos, sino sobre las virtudes que se les atribuyen, y que fingieron con hipocresía artificiosa.

Desde principios del reinado de Carlos II se ballaban en España espirantes y en agonía las artes, las ciencias y la literatura; muertas ya en los primeros años del siglo XVIII. El despotismo político, civil y religioso había consumado su obra, hiriendo mortalmente todo principio de entusiasmo, de gloria y de saber. El espíritu monacal era lo único que quedaba propiamente español, pero destituido de toda llamara viva que levantase el corazón ni el ingenio. La verdadera devoción que inspira al alma, ya tiernos, amorosos y delicados sentimientos, ya grandes y sublimes ideas, ó ya terribles y profundos pensamientos, se había trocado en mezquina superstición, en miedo servil, y en marasmo inerte y asqueroso. La teología, la filosofía, la elocuencia, la poesía, todo, todo era conjunto de trivialidades esprezadas con un lenguaje alambicado y vacío de ideas. La proverbial gravedad española, hija del propio valor, de la satisfacción de sí mismo y de la conciencia de grandes merecimientos, no era ya casi otra cosa que la sociedad del asno perezoso é inerte, que solo y apenas se mueve al impulso del azote, no para adelantar en el camino, sino para dar vueltas sobre sus remos. Años y años duró tal estado de cosas: pero esto no podía ser eterno, ni la España, antes tan activa, quedar siempre estacionada cuando la Europa caminaba sin cesar y á pasos de gigante. La masa inerte que presentábamos necesitaba para recobrar movimiento recibir un grande impulso, y este nos le prestó la Francia, tan rica, tan abundante y aun puede decirse tan gloriosa é ilustrada. Desde la segunda mitad del siglo XVII empezamos, pero muy lentamente, á sentir el aguijón que nos estimulaba, y á sacudir el letargo que nos dominaba; la vida ajena empezó á animar la nuestra: pero antes vivimos algun tiempo de prestado con la que nos galvanizaba. Treinta años y mas existimos así, creyendo imitar lo bello de las formas francesas, pero en verdad sin comprender lo bello de los pensamientos, de lo que da vida propia á las formas. Mas parecíamos autómatas que remedan los movimientos humanos, que hombres que nos movíamos por nuestra propia virtud.

Pero en medio de este marasmo universal ardía aun oculta la llama del ingenio español: aun circulaba la sávia del árbol amortecido que cubrió el mundo con su rica y frondosa copa: solo faltaba que menos acerbo el despotismo, menos duro y mas ilustrador, nos permitiese pensar con fruto.

Ya desde el reinado de Carlos III nos fué permitido volver la vista atrás, y considerar en la historia y en la literatura nuestras glorias, nuestra idiosincrasia, nuestro valer y nuestro poder. Aunque los estímulos nos viniesen de Francia, no es de ella de donde nos vino la esencia de las cosas, por mas que aceptásemos las formas. La memoria de aquella la perdimos en verdad; pero antes, mucho antes que la Francia, poseímos y practicamos nosotros la libertad política, civil y religiosa; antes, mucho antes, la defendimos contra el poder feudal, y luego en vano contra el despotismo de los monarcas. Antes, sí, mucho antes tuvimos una literatura grande, noble y nacional, que nos puso al frente de la civilización. No necesitábamos pues volver los ojos á la Francia, sino á nosotros mismos, para hallar de nuevo lo que habíamos perdido. Mas quiso la fatalidad que una dinastía francesa tomase mas ó menos á su cargo despertarnos del letargo en que yacíamos, y nos despertó sin comprendernos bien, presentándonos el único medio de desvelo que ella conocía: la Francia fué para nosotros un reflejo pálido é incapaz de darnos clara luz; nos fué una planta exótica, incapaz de echar hondas raíces en nuestra tierra, de mantener aquellos frutos dulces, sabrosos y esquisitos que en el suelo natal producía.

El genio y el carácter nacional ardía poderoso aunque latente en los pechos españoles; y luego que un poco de libertad otorgada, apartando las cenizas y la lava de una opresión omnimoda permitió lucir la llama oculta, brilló poderosa y fuerte como el sol después de la oscura noche. Entonces, como intérpretes de la edad pasada y gloriosa, como figuras y representantes de sus grandes pensamientos, como profetas completos de la edad futura, aparecieron Cienfuegos y Quintana con sus grandes pensamientos, con su voz firme, consoladora y popular. Ellos mas que todos los escritores de su tiempo, declararon

la guerra al poder absoluto, á la superstición, á una corte corrompida; y proclamando nuestras glorias pasadas, nuestra dignidad ofendida, nuestra perdida libertad, nuestra sagrada independencia, popularizaron la noble idea que sirvió de base á los grandes hechos después verificados. Víctimas de su opinión ¿qué importa? la difundieron entre el pueblo; hicieron brotar héroes y mártires de ella, y en fin resucitaron cuanto era dable el entusiasmo por la patria, por la libertad y por el honor español. Vencidos, sufrieron el martirio; vencedores, jamás la ambición ni la apostasía mancharon sus laureles: hombres de libertad y patriotismo puro y grave, jamás se desmintieron: hombres del pueblo, jamás renegaron de él.

Hé aquí en resumen las circunstancias en que como filósofo, escritor político y gran poeta, que mereció llamarse el Tirteo Español, apareció D. Manuel José Quintana: hé aquí descrito en breves líneas su noble carácter, su poderoso genio, y el gran papel que como escritor ha representado y aun representa en la escena de las glorias españolas, en los grandes progresos que la ciencia y el arte han hecho en nuestra patria. Sus obras son su retrato fiel, y por eso ha sido preciso hablar de la persona para apreciar las obras, para comprenderlas, para juzgarlas. El sello de su siglo brilla en ellas, y en ellas la posteridad hallará el hilo que guíe á la historia para explicar la sociedad que ilustró el gran poeta y filósofo profundo.

A. D.

DOS POETAS.

I.

La revolución llevada á cabo en Inglaterra por el genio de Cromwell, tuvo mas ilustres panegiristas que la monarquía de los Stuarts, cuyo trono cayó con la cabeza de Carlos I. En medio del general trastorno apareció Milton: y como los hombres de un talento superior solo necesitan una mirada para conocerse, el autor del *Paraíso perdido* llegó á ser el secretario de Oliverio Cromwell.

Un día de estos tiempos calamitosos, en el mes de junio de 1655, entró un hombre en la torre de Londres, y habiendo llegado al último piso, se detuvo delante de la puerta de un calabozo, en el que apenas podía distinguirse al desgraciado que lo habitaba: su frente estaba marcada con aquellas profundas heridas que la desgracia estampa en el rostro de los hombres y que se confunden con las impresiones de la vejez. El preso era Davirant, y el que venia á visitarle Milton.

—Habeis sido fiel á la cita, dijo con amargura el poeta proscrito. Profeta de desgracia, todas tus predicciones se han cumplido: he caído de tan alto, que no hay mano mortal que pueda levantarme de mi abismo. Sin embargo, Dios me ha dado medios para combatir el dolor. La república al encerrarme en esta prision no me ha podido arrancar mi lira.

—¿Y si te devolviesen la libertad?

—¡Oh! ¡si yo fuera libre! gritó Davirant. ¡Oh! la luz, el aire... la independencia.

Aquí se detuvo como avergonzado de haber manifestado sus profundas agonías, y prosiguió en tono mas tranquilo:

—Si fuera libre, ¿qué podría hacer? El edificio de mi fortuna se ha desplomado... pobre, luchando siempre con el recuerdo de mi riqueza, la esclavitud ó la libertad... me son indiferentes; siempre seré desgraciado.

—Ve pues adonde te ha conducido tu obstinacion.

—Di mas bien mi lealtad. Yo debí mi elevacion á Carlos Stuart.

—La república, si se ha mostrado severa, no ha dejado de ser justa: la fidelidad no es un crimen.

—¿Por qué estoy, si es así, encerrado en esta torre?

—Pronto saldrás de ella.

—¿Y á quién deberé ese favor?

—A mí. ¡Esta prision es muy oscura, Willian!... Quieres respirar un aire mas puro, ver el cielo y el día.

—¡Oh! sí, sí.

—En ese caso, estás libre: aquí tienes la orden firmada de ponerte en libertad.

La emoción que sintió Davirant fué tan profunda, que en algunos momentos no pudo pronunciar una palabra: por último:

—Tú has hecho, dijo, lo que yo tal vez haré algun día por tí.

—¿Lo crees?

—¿Quién sabe! las grandezas políticas son estremadamente frágiles.

II.

Por consecuencia de esa instancia, de que tantos ejemplos hay en la historia de los pueblos, muerto Cromwell, saludó la Inglaterra con aclamacion de júbilo el restablecimiento de la dinastía que ella misma

(1) Esto se escribía muchos meses antes que acabase la última revolución de julio de 1834.

había derribado. El partido realista, tan pusilánime antes y cobarde, se mostró entonces arrogante y vengativo. Harrison, Thomas Sult, y otros muchos fueron decapitados, y otros huyeron á las colonias de la Nueva Inglaterra. Milton no fué olvidado: la independencia de su carácter y la tendencia revolucionaria de sus escritos eran títulos que le condenaban á los ojos de los partidarios de la restauración. El día 27 de junio de 1660 fué preso y encerrado en la torre de Londres. El poeta recibió con resignación este infortunio: su talento le sirvió de escudo, su musa adornó sus dolores, y arrebatado en sus trasportes á un mundo imaginario, olvidaba el sentimiento real de su situación.

Una noche del mismo año, un viejo entró en la prisión del poeta y acercándose á él le contempló durante algunos minutos con recogimiento y sorpresa.

—Tan sereno estás en la desgracia como lo estaba en la prosperidad, murmuró en voz baja.

El preso oyó estas palabras sin comprenderlas.

—¿Quién habla ahí? exclamó levantándose.

—Un hombre que respeta vuestras opiniones sin participar de ellas: un realista que desea dulcificar vuestro infortunio.

El ciego rechazó con aspereza la mano del viejo.

—Os burláis... ¿Qué simpatía puede existir entre nosotros? ¿qué puede haber de común entre el opresor y la víctima, como no sea la reciprocidad del encono? ¿Venís á contemplar mi abatimiento, ó á romper mi felicidad? En ese caso os advierto que os engaños: yo no me vendo como Monk y Waller. Hablad: ¿qué queréis?

—Ofreceros un porvenir mas brillante del que vos podáis imaginar.

—¿Un porvenir brillante? ¿y qué puedo esperar ya? ¿Volverá la vida á tantos amigos que arrastraron á mi lado peligros sin cuento y que ha diezmado el cadalso? ¿Dónde está Cromwell, Harrison, Sidney Scott, Carew, Axtel y Flezwood? Ya no queda una sola piedra de aquel hermoso edificio que levantamos con tanta perseverancia y valor.

—No desesperéis... Dios os ha espuesto á pruebas sin duda crueles; pero os ha dado en vuestra aflicción un medio de sobrellevarlas. Los hombres no han podido arrancaros vuestro talento.

—¿Y qué es eso? ¿Cuándo ha sido protegido el talento? ¿A quién ha enriquecido? ¿Tendré que recordaros cómo murió Spencer; cómo murió Shakespeare? Yo he vendido el trabajo de diez años, 6,000 versos, una obra maestra tal vez, por cinco libras esterlinas (1).

—¿Y no teneis familia?

—Es verdad... ¡una mujer y tres hijos!

—¿No habeis pensado que puede existir entre los que admiran vuestro talento y virtudes alguno bastante poderoso para devolveros la libertad?

—Los desgraciados no tienen amigos.

—¿Habeis olvidado al poeta realista á quien salvasteis la vida en 1633?

—He olvidado á todos los ingratos.

—Tu corazón está tan ciego como tus ojos.

Milton se enterneció, y levantándose con prontitud:

—¿Eres tú, William? dijo.

—Yo soy que vengo á salvarte: ya estás libre.

—¡Libre! ¡Oh Dios! exclamó el ciego: así podré concluir mi *Paraiso perdido*.

A. G. G.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL
DEDICADA Á

POR PABLO GAMBARA.

En la calle de la Montaña existía, hace algunos años, un almacén de *tirolese*, como se llamaba entonces, que era el punto de descanso de todos los vagos, y el inagotable tesoro de inspiración de una multitud de vates, folletistas y gacetilleros.

El dueño de este almacén se llamaba D. Ramon Lopez de la Encina, hombre de cuarenta años, de talla regular, gordura regular, rostro sin expresión, en fin, un millonésimo ejemplar del hombre de cuarenta años, que encontramos veinte veces al día en una calle sin conocerle ninguna. Su vida era tan vulgar como su figura. Nació pobre en una aldea de Asturias, marchó á América á buscar fortuna; allí conoció á un francés desterrado que le trajo á España en su compañía, le dió parte en su comercio, y á su muerte le dejó por heredero. Esta era su vida. Ni los viajes ni el trato con las diversas personas

con quienes necesariamente debía de haberse rozado en su camino, desarrollaron su inteligencia. Al volver de América había visto mas, pero no había pensado mas que cuando salió de su pueblo. Con todo, recogiendo las ideas ajenas y aplicándolas, iba saliendo adelante, y algunas veces parecia que pensaba, como cuando para ensalzar su profesión decia:—Si quitais los objetos de lujo, los que se entretienen en hacer tales bagatelas tendrán que dedicarse á labrar cosas útiles; mas artistas por consiguiente se dedicarán á un mismo trabajo sin que la necesidad de él se aumente; los productos de este trabajo serán menos apreciados; su precio bajará, y la miseria se aumentará en las clases obreras. Estas bagatelas que tanto se desprecian enriquecen á la nación. Pero este discurso era original del francés su predecesor.

En el curso de sus viajes D. Ramon se casó; pero su esposa, que apenas contaba quince años, le abandonó á su venida á España, dejándole una niña, único fruto de su amor, que era su vivo retrato en la figura aunque totalmente contraria á ella en el corazón.

Algunas veces se la veía en la tienda con su padre.

Era alta y delgada, su tez trigueña y un poco pálida, su cabello negro y abundante, sus ojos negros tambien, pero tristes; su boca, generalmente entreabierta, sonreía con languidez; era la sonrisa del alma afligida, complaciéndose á la vista de la inocencia alegre: junto á la cisura de la boca, un pequeño lunar negro como el terciopelo prestaba un encanto inesplicable á su fisonomía. Sus movimientos, casi siempre lánguidos, indicaban cierta distracción continua, éxtasis de un pensamiento fijo, de una memoria imperecedera ó de un deseo constante. Era quizás un ángel desterrado que recuerda su pátrio cielo y espera volver á él.

Hasta su nombre tenia algo de misterioso. Llamábase Esperanza.

En aquel almácen de objetos de lujo se destacaba como una imágen en un templo, y ciertamente el lujo es el templo de la belleza. La naturaleza crea la mujer para los sentidos; la sociedad, con los atractivos del arte, la convierte en el ángel, en el ser ideal, en el espíritu de amor que exalta la imaginación y exige adoraciones del alma enamorada. Quitad á la mujer el lujo y el fingimiento, y la quitareis su poesía; lo que se llama coquetería es la sublimidad de la mujer.

Y Esperanza brillaba entre el lujo sin buscarle. Era una estrella que derramaba su luz en la frondosa enramada, no una joya para cuyo engaste se había rebuscado el oro mas precioso. Su traje sencillo, negro casi siempre, hacia resaltar su tez, y correspondía á su tristeza. Parecía el lirio solitario doblado sobre las aguas; la tórtola viuda, anidada en el jardín.

Su padre la reconvenia muchas veces por su tristeza, ajena de su edad, y la preguntaba la causa; pero ella no sabia siquiera que estaba triste. Obraba segun su carácter, ideal y fantástico por naturaleza, y diria novelesco si no supiera que Esperanza no leyó novelas jamás. Notaba, sí, que la faltaba alguna cosa en la vida; su corazón se lo decia, pero no sabia traducir su voz. Mirando en torno suyo vió el templo de Dios, y buscó en él la calma y la religion, realizó sus sueños, y recibió la poesía de su alma. Fué una Santa Teresa en el mundo; sin embargo, sin pretensiones de profeta, podia asegurar un observador que tarde ó temprano aquella alma sentiria la tempestad de las pasiones. El amor no forma cuerpos tan bellos para dejarlos tranquilos en el santuario.

Una noche hubo revolucion en Madrid.

No os la describiré, porque ¿quién de vosotros no ha visto dos ó tres noches oscuras y lluviosas, en que el espanto corre las calles, se oye á lo lejos confusa gritaría semejante al rugido del mar enfurecido, descargas cerradas, tiros sueltos, las barricadas se alzan en las calles, la gente corre asustada sin saber adonde, tropezando en grupos que hablan en voz baja, cargando y repartiendo carabinas, se cierran las tiendas con estrépito, y gritan las familias, que ciegas de ansiedad recorren los sitios mas peligrosos buscando un padre, un hermano, un hijo ó esposo? En el medio siglo que dejamos atrás estas noches han sido tan abundantes como las noches de tempestad en el verano, y tan pasajeras como ellas. Al otro día no quedaban mas vestigios que algunas gotas de sangre en las losas, algunos hombres que fusilar, y algunos recuerdos: por lo demás, los sucesos habían entrado en el dominio de la historia, y al cabo de ocho días eran tan viejos como lo serán dentro de 200 años; pero en aquellas noches había almas que padecían en el sobresalto mas terrible que la desgracia, familias que oían los tiros lejanos sin saber si á su alcance estaba un pocho querido, familias que vivían horas de una eternidad de angustia.

D. Ramon había salido, y no había vuelto aun.

Esperanza, postrada á las plantas de una imágen de la Virgen Maria, oraba con suma rapidez, con los labios trémulos, con los ojos anegados en lágrimas, y el oído atento á cada ruido que en la calle percibía. De cuando en cuando dejaba la oración para asomarse á la ventana, de donde ya tres veces la había mandado quitarse un agente de policía que estaba de centinela en la esquina de la calle de la

(1) Se conserva aun como un documento curioso este contrato hecho entre Milton y el impresor Samuel Simons.

Aduana; pero nada veía la joven. La calle estaba solitaria y el cielo nublado. De cuando en cuando, tiros y gritos sonaban á lo lejos, y los cielos relampagueaban reflejando el fuego de los fusiles. Esperanza volvía á orar.

El cuarto en que estaba era pequeño, pero bien amueblado. Algunos cuadros de marco dorado con magníficas litografías que representaban escenas bíblicas, adornaban las paredes cubiertas de papel leonado, con flores azules. Una gran consola con espejo de medio cuerpo ocupaba el testero de la izquierda cercano al balcón, y sobre ella estaban colocados dos jarrones de china con flores, frasquitos de esencia, botes de pomada, y todos los demás utensilios del tocador. En el mismo testero una puerta pintada de porcelana comunicaba con las demás habitaciones de la casa, y en el fondo otra cubierta con una colgadura roja, suspendida de dos flechas doradas, y recogida á un lado formando pabellón, dejaba ver un lecho que aun ignoraba el sueño del crimen, del remordimiento y del dolor.

La imagen de la Virgen á cuyos pies oraba Esperanza, estaba colocada enfrente de la puerta de porcelana, y adornada con una corona de siemprevivas. Aquel cuadro era el recuerdo de una madre, honrado por el amor filial que ignoraba sus culpas.

De repente, un ruido semejante á cien truenos juntos resonó en la calle. Era un caos de blasfemias, descargas, gritos de dolor, de ira y de impaciencia. La revolución se derramaba como un torrente por la calle de la Montera, arrollando cuanto á su paso se oponía. Esperanza corrió á la ventana, sin reparar que dos balas acababan de romper los vidrios; pero cuando llegó, el grupo revolucionario que produjo aquel alboroto había ya tomado otra dirección, y derramándose por la calle de la Aduana, fué á unirse sin duda con otros que le esperaban. Todo volvió á quedar en silencio.

Al poco tiempo un golpe resonó en la puerta.

Esperanza volvió á asomarse. Era su padre el que llamaba; pero no venía solo; un joven cubierto con un ancho sombrero de castor, y embozado en una capa se apoyaba en su brazo, y exhalaba de cuando en cuando algunos gemidos que procuraba contener.

D. Ramon vió á su hija en la ventana, y la dijo: baja á abrir tú sola.

Esperanza comprendió el pensamiento de su padre, y bajó diciendo á una criada y un dependiente de la casa que encontró en la escalera, que subieran al último piso con no sé qué pretexto, y así entraron sin ser vistos de nadie hasta su cuarto: su padre y el desconocido, á quien D. Ramon colocó en el sofá reconociendo en seguida una herida que en el brazo derecho tenía, y á la cual había atado un pañuelo en el primer momento sin duda para contener la sangre que derramaba.

D. Ramon tenía algunos conocimientos de cirugía, y pudo comprender que la herida no era muy peligrosa; mas como de todos modos el enfermo necesitaba reposar, le dejó allí y salió con su hija á prevenir un sitio donde sin ser visto de los criados pudiera ocultarse y curarse al mismo tiempo.

—¿Quién es ese joven? preguntó Esperanza á su padre cuando estuvieron en un lugar en que no podía el herido oír sus palabras.

—No sé aun su nombre, respondió D. Ramon; le he encontrado herido junto á nuestra puerta, y he creído que era mi deber socorrerle.

—Usted, tan enemigo de los revolucionarios...

—No es un revolucionario, sino un herido; y cuando padecen, todos los hombres son mis hermanos.

D. Ramon dejaba hablar á su corazón, y este le inspiraba frases bellas, porque la elocuencia del corazón es la mas bella de todas. Esperanza se sintió orgullosa de su padre.

El cuarto del herido se aderezó pronto en un lugar apartado de la casa. Era pequeño, y solo tenía una ventana que daba á un patio. El mueblaje se componía de una cama de tablas, una silla, una mesa pequeña sin papel ni cuadros en las paredes; pero allí estaba seguro el herido de no ser descubierto, pues ni aun los criados de la casa pasaban por aquel lado. Esperanza quedó constituida en enfermera y celadora, y ella y su padre volvieron á la sala satisfechos.

Esperanza tuvo lugar entonces de examinar al herido con mas atención, pues la primera vez apenas le había mirado, y el resultado de su examen no fué desventajoso para aquel. Era de mediana talla, la cabeza pequeña, la frente abovedada, los ojos azules pero sumamente vivos, y la piel muy encendida. Su cabellera rubia era abundante y rizada, pero escasa su barba y poco pobladas sus cejas; en sus labios, un tanto gruesos, se mostraba el continuo disgusto, y en su ceño y el círculo azulado que rodeaba sus ojos, el pensamiento constante mezclado con algo de desesperación.

Esperanza comprendió la expresión de aquel ceño y de aquel círculo azulado; comprendió el sonido de aquella voz baja y cortada como de quien habla para sí, y se fingió en su mente un ser ideal, heroico, sublime, como las jóvenes se fingen á sus amantes en sus sueños; luchando con la desgracia, que le hería en sus más tiernos afectos,

pensó tal vez en que nadie en el mundo le sostenía, en que nadie le comprendía, y quiso ser su amiga, su ángel de consuelo. Esta idea se introdujo en su alma furtivamente, digámoslo así, y sin que Esperanza misma lo notara; podrá ponerse en ridículo como todos los sentimientos que no están basados en el egoísmo; pero apelo al corazón de todas las mujeres sensibles, y poniendo la mano en su corazón digan si no las hubiera halagado, si no se ha presentado jamás á su mente en sus ensueños de amor. Esperanza la puso en ejecución antes de saber que la tenía.

—Y bien, dijo el desconocido con voz débil cuando vió entrar á Don Ramon y á su hija, nunca olvidaré los auxilios que de Vds. he recibido, y si alguna vez puedo servirles de algo... si alguna vez Eugenio de Ulloa cambia de fortuna, pueden Vds. contar con él.

El acento con que estas palabras triviales fueron pronunciadas, indicaba que partían del corazón. D. Ramon apretó la mano de Eugenio, y Esperanza se sintió conmovida.

—En su casa de Vd. estarán con cuidado, dijo D. Ramon; será preciso avisar...

—En mi casa!... dijo Eugenio sonriendo amargamente, no tengo casa... ni familia.

—Ah!...

—Nadie hubiera llorado mi muerte si muriese; pero por desgracia ni aun estoy herido de gravedad.

Y se abismó en tristes meditaciones.

—¡Tan joven y ya desesperado! El porvenir es de Vd., dijo Don Ramon.

—El porvenir!... murmuró Eugenio, semejante á aquellos pródigios que en sus primeros años devoran su patrimonio; he gastado mi vida antes de empezar á vivir, y hoy no me queda nada... tengo 25 años y soy viejo. ¡Esto es bien triste!

—Vamos, dijo D. Ramon, esa es la manía de la juventud de hoy; todos se dicen desilusionados, todos se lamentan de martirios ignorados... Las novelas les vuelven la cabeza; y así como en otro tiempo los ilusionaban pintando el mundo demasiado hermoso, hoy los entristecen calumniándole.

—No señor, respondió Eugenio, vea Vd. la historia de mi vida, Vd. que por el servicio que me presta tiene derecho á mi confianza, y dígame después si mis pesares son ilusiones, si hoy felicidad posible para mí.

D. Ramon se sentó á su lado, y Esperanza apoyada en su silla esperaba la relación con impaciente curiosidad, cuando su padre la mandó salir para cuidar de que nadie los sorprendiese.

Eugenio comenzó así:

CAPÍTULO II.

Voy á contar la historia de mi vida como creo que todas deben contarse, pasando por alto los acontecimientos que son la diversión de los tontos, y observando solo la marcha de mis sentimientos y mis emociones.

Soy el oscuro retoño de un tronco orgulloso de su nobleza. Huérfano desde la cuna, fui criado por un tío mio bien acomodado, que procuró darme de una educación esmerada. En mis primeros años me familiaricé con las lenguas vivas y muertas, hasta podérmelas apostar con el mismo Arias Montano, y después me abandoné al océano de las ciencias, que recogí, esprimí, y de las cuales solo saqué una verdad, el *vanitas vanitatum* de Salomon. Nada es cierto, nada se sabe.

Empecé por la filosofía, esa ciencia cuyo objeto cada uno comprende á su manera. En nuestro siglo el mas aceptado de los sistemas filosóficos es el eclecticismo, que á mi entender no es sistema. Fuente de la indiferencia en todas materias, no puede engendrar nada grande. Todo es verdad es lo mismo que todo es mentira. Querer armonizar todos los sistemas es querer formar una sola gramática para la torre de Babel, es querer sacar la paz de la guerra, y la paz que resulta de la guerra es la paz de las tumbas.

El espiritualismo y el materialismo son dos hipótesis igualmente fundadas, de las cuales la una tiene de su parte los sentidos y la otra la razón. Todas las discusiones de los sabios y todas las esperiencias de los siglos no bastarán á dilucidar la contienda de estos dos sistemas, pues el hombre no sabe ni sabrá nada jamás acerca de su naturaleza. Para la elección pues debemos guiarnos por la conveniencia á falta de la verdad. ¿Cuál de los dos es el mas conveniente? El espiritualismo no obliga á nada; quien cree que solo existe su inteligencia, y que el universo enteró no es mas que la ilusión de un sueño, ¿por qué se detendrá en sus deseos? ¿Qué códigos respetará? El materialismo, al contrario, respeta todos los códigos por egoísmo, y cuando es ilustrado como el de Epicuro á quien tanto han calumniado los moralistas, y que fué uno de los hombres mas puros y mas probos de su tiempo, cuando es ilustrado, hace siempre el bien, pues sabido es que si los

picaros supieran las ventajas de la honradez, serian hombres de bien por picardia.

Me hice materialista, y seguí estudiando.

En las ciencias físicas, no sabiéndolo todo, no puede saberse nada; un nuevo descubrimiento reemplaza todos los sistemas descubiertos, con otros nuevos que son destruidos y reemplazados á su vez. Me dediqué al estudio de la electricidad, en cuyo conocimiento se refundirán acaso un día la física y la química, considerándola como causa del calor, de la luz, del ruido y de todas las alteraciones de los cuerpos; quizá en ella se refunda también la medicina, cuando se pruebe que es el principio de vida del hombre; pero como la verdad no se encuentra sino por casualidad, mis experimentos fueron inútiles, y desistí de mi empresa antes de haberla logrado.

Las ciencias históricas vinieron despues. La historia es la novela de los eruditos, la mas falsa de las novelas. Podemos juzgar por los sucesos de nuestro tiempo, de los cuales cada testigo nos hace una relacion diversa. Las causas de las alteraciones de los pueblos estan en el fondo, y solo podemos ver la superficie.



La legislación ha sido elevada á ciencia por Benthán, y en ella comprendo la economía política, el derecho administrativo, etc., etc., que no son sino ramas de un mismo tronco. Para su estudio me era necesario el conocimiento exacto de la sociedad y del corazón humano, intrincado y oscuro laberinto en que se pierde la inteligencia mas poderosa.

Empecé mi estudio animado de esa fé ardiente que no conoce obstáculos, la fé de la ciencia, que convierte al hombre en una especie de máquina analítica, haciéndole que sin sentir asco remueva las podridas entrañas de los cadáveres y que examine y palpe sin palpar de deseo los voluptuosos secretos de la belleza. Disequé la sociedad, é ignoro si fué desgracia mia, la encontré el mas asqueroso de los cadáveres. Yo vi en ella los padres comerciando con el pudor de sus hijas, y los esposos con la desvergüenza de sus esposas. En una miserable bohordilla vi á una hija arrancando un anillo del dedo de su madre moribunda para pagar su escote en una bácanal; oí á un padre vanagloriarse públicamente de los escosos que nos horrorizan en la historia de Alejandro VI, y encontré en una casa de prostitución á una joven admirada en los salones mas elegantes de Madrid que sostenia su lujo á costa de su virtud.

Encontré una moral de convencion consistente unas veces en hipócritas formas, y otras cambiando los nombres de los vicios y de las

virtudes para apartar de estas el aprecio, y de aquellas el horror. Como en el último periodo del imperio romano, como en los últimos periodos de todos los imperios populosos, la corrupción habia gangrenado tan hondamente á España, que rezumaba por todos sus poros su veneno.

Vi por último la ridiculez en las costumbres y la puerilidad en los juicios sociales. En un baile á que asistí se puso á la puerta á un amigo de la casa que se habia olvidado de las prescripciones de la etiqueta hasta el punto de presentarse en el salon *con levita*. ¿Qué sociedad es esta que aprecia á los hombres por la anchura de sus faldones? En honor á la verdad debo de advertir que todos individualmente comprendian la ridiculez de este proceder; pero no osaban oponerse á los usos admitidos, porque como ellos decian, no estaban llamados á trastornar lo establecido, y ya que habian nacido en esta sociedad, debian de vivir amigablemente con ella.

El resultado de mi estudio fué formarme un sistema social del cual era corona un sistema político enteramente nuevo; pero me asusté de mi propia creación, impracticable en el estado actual de las cosas. Para plantearle y probarle era necesario que se sucediesen en el poder diez generaciones de sabios animados de la misma idea, porque las transiciones para que sean duraderas deben hacerse poco á poco como la naturaleza lo practica siempre en sus obras: y aun suponiendo que esto pudiera conseguirse, ¿quién me aseguraba que en la práctica mi sistema no fuese tan defectuoso como los ya existentes? De estos se han visto los defectos en la aplicación que en la teoría parecian no tenerlos: ¿seria mejor el mio?



Recurrí por último á la teología, la ciencia en que mas se ha distinguido nuestra patria en los siglos pasados. Empecé estudiando todas las mitologías, que no son sino diversas formas de la misma idea, y todas las hallé elevadas sobre el pedestal del panteísmo; pasé á considerar las religiones como sistema, y las estudié, una después de otra, las disequé como habia disequé los sistemas políticos.

La religion cristiana me encantó desde luego como un sistema admirable, hijo del estudio del corazón humano, y superior á todo lo que pueden producir los hombres. Sustituye la vanidad por el orgullo, y destrona á este á su vez para que ocupe su lugar el temor de Dios, rasgo que no se ocurrió á Platon y que diviniza la obra. Pero quien se alimentaba de la duda no podia lograr la fé, y sin la fé el cristianismo era un sistema sin base; deploré la desgracia irremediable que me alejaba del santuario; pensé como Byron, que si tuviera un hijo le afiliaria en la iglesia católica, y pasé á buscar nuevos altares.

Una nueva religion se ofreció á mi espíritu, la religion reformada. Su aparición en el mundo habia sido la primera señal de una revolución que todavia no se ha llevado á cabo: en ella es permitido el libre exámen; es el cristianismo excepto la fé; creí por un momento que no pudiendo ser católico por mis dudas, seria protestante. Me engañé dolorosamente. El protestantismo no convenia á mi ecrazon ni á mi inteligencia. Al corazón, porque es el catolicismo desnudo de su poesia; á la inteligencia, porque carece de lógica. El catolicismo sienta la infalibilidad como principio, y una vez admitido, no deja lugar á la duda

con respecto á la revelacion; pero el protestantismo sostiene la revelacion negando la infalibilidad. Dice: creed en los libros sagrados que os presentamos, no en nosotros, porque somos hombres sujetos á error. Pero desde el momento en que se cree que quien se presenta con estos libros está sujeto á error, puede creerse que yerra al considerarlos divinos. La religion protestante es absurda.

Esta es la historia de mi inteligencia. Pasemos á la de mi corazon. Abandonado á mi mismo, llegué á la edad en que empieza la vida del alma; edad de ilusiones y de poesia, de entusiasmo, de esperanzas y de amor. Ignorando el mundo, y dotado de una imaginacion demasiado ardiente para meditar, tomaba todos mis deseos por promesas del porvenir, y mis sueños eran bellos y fantásticos como las leyendas de las mil y una noches. Creia el mundo creado para mí; y cuando la historia hacia pasar ante mis ojos las sombras de los héroes antiguos, buscaba entre ellos como el jorobado de Byron, uno que en cuerpo y alma me complaciese para resucitarle en nuestra edad. Por desgracia el tiempo de los héroes ha pasado. Napoleon ha sido una escepcion que ni aun encontrará un Homero, y mis locas aspiraciones que por tanto tiempo me hicieron feliz, solo me producen una sonrisa de desden y de compasion, cuando vuelvo la vista atrás como el caminante fatigado de su camino. ¿No es sin embargo muy triste recordar las ilusiones perdidas hoja por hoja, cuando el corazon está seco en un invierno anticipado, y solo queda en él el árido tronco del egoismo? La juventud es siempre buena: ¿quién la despoja de su virtud? Los desengaños que amargan y envenenan el limpio manantial de nuestra vida, ¿no son hijos, mas bien que de nuestra misma naturaleza, de la base falsa en que se ha asentado la sociedad? Se ponen en lucha los deberes con los deseos á falta de ingenio para armonizarlos, y la consecuencia natural de esta lucha son los vicios y los crímenes. Después, para evitar los crímenes se inventan códigos penales, ¡locura! Una buena higiene podrá inutilizar casi del todo la cirugía: un buen código civil hará innecesario el código criminal.

Pero volvamos á anudar el hilo de mi historia. Como todos los jóvenes, tomé por guía al amor, para que me condujese por los senderos de la vida, y mi primera amada fué una mujer que me llevaba diez años de edad, y cuya alma habian trabajado las pasiones. Yo sospechaba sus faltas; pero mi imaginacion de poeta me embellecia la empresa de tornar su virginidad á aquella alma gastada de levantar á su cielo aquel ángel caído; si ella hubiese comprendido todo el amor, toda la adoracion que en mi pecho atesoraba, me hubiera amado sin duda, y hubiera vuelto por mí al camino de la virtud; pero el vicio habia roto todas las cuerdas delicadas de la lira de su alma, y solo quedaba en ella el amor de los sentidos; yo hablaba desde el cielo, y ella respondia desde la tierra: no podiamos comprendernos; y cuando se hastió de mí, me abandonó por un oficial cuyo uniforme la deslumbró. Nuestras relaciones bastaron sin embargo para gangrenar mis sentimientos y trastornar mis ideas; sus sarcasmos segaron en flor mis creencias, y me disgustaron del idealismo; quedé tambien sensual, y desde entonces los besos de mis labios envenenaban; corrompí á mi vez como habia sido corrompido, y las mujeres que correspondieron á mis amores, deseadas un dia, abandonadas al siguiente, caian de su tallo como los capullos abrasados por el sol.

Disgustado del amor me acogí á la ambicion, la ambicion de la gloria, la ambicion de los poetas. Sabia muy bien que con ella solo se alimentaba el orgullo; pero envidiaba á Homero su vida mendicante, con tal de obtener su fama; con gusto hubiese muerto como Burns en un hospital, sabiendo que mis restos ocuparian una tumba semejante á la suya. Pero habia nacido en España cuando estaba postrada y olvidada como un astro apagado, y escribir en España en el siglo XIX, como ha dicho un gracioso cuanto desgraciado critico, es hacer en su libro de memorias apuntes que nadie ha de leer. Cuando una nacion deja de ocupar un lugar en la historia del mundo, y pasa á ser una unidad desapercibida que ninguna fuerza ejerce en la civilizacion, para que uno de sus hijos pase á la posteridad es necesario que por sí solo valga tanto como una nacion de primer orden, y que tenga bastante poder para colocarse á la cabeza del mundo y dirigirle señalándole un faro. ¿Quién conoceria la existencia de Homero sin la lucha del mundo antiguo con el moderno? ¿Cuántos Homeros no habrán existido en los pueblos olvidados ya, y cuyos nombres solo conocemos porque naciones poderosas y guerreras los destruyeron en sus conquistas? Macpherson se vió obligado á inventar un Osian, porque del verdadero apenas se recordaba el nombre.

Estas meditaciones me disgustaron tambien de la gloria poética, y me impelieron á la ambicion politica, última ilusion sin objeto, sed ardiente que se sabe desde luego que no se calmará jamás. Es la pasion menos conocida, porque se confunde con otras muchas que toman su nombre. Casi todos desean el poder por los gozes que trae consigo; pero el verdadero ambicioso le ama porque es el poder, y solo porque es el poder. Cuando veo en los teatros, cuando leo en las novelas ó en los libros de moral los desengaños de los ambiciosos, los

consejos que se les da para curarlos, no puedo menos de sonreír. Se supone que se desencantan al tocar su objeto como si pudieran alcanzarle jamás. Para esto seria necesario que fueran dioses, porque solo así serian omnipotentes, solo así se desengañarian por el hastío. Se supone que las ingratitudes que padecen matan su ambicion, cuando no han hecho ningun bien sino porque convenia á sus planes, cuando han empleado á todos los hombres como instrumentos, sin cuidarse de si tenían un corazon. La ambicion es la pasion mas constante, la mas grande, la mas digna del hombre, porque tiene algo de celeste; es la única pasion que derribó ángeles, y los ángeles mas bellos.

Para lograr mi ambicion necesitaba medios. Las alas de cera estan desacreditadas por la mitología; nuestro siglo se provee de alas de oro que no puede derretir el sol. La pobreza me encadenaba á mi puesto, como la cadena sujeta al forrado. He leído en una critica anónima un sarcasmo contra Mr. de Balzac porque en una novela suya pinta á Z. Marcas sin poder alcanzar una posición por falta de unas botas. ¡Bien se conoce que al tal critico no le han faltado botas jamás! El pobre en nuestra sociedad se ve obligado á luchar, lo primero con su traje, después con su corazon si le conserva. Para subir de la nada al poder es necesario ser un genio ó un tonto; una mediania no llega nunca, y yo por desgracia no soy sino una mediania: un corazon en lucha con mi inteligencia, una contradiccion perpetua entre la palabra y la accion. Mis ambiciones fueron el sueño del águila prisionera, cuyas alas tropiezan al tenderse con los hierros de la jaula. Devoré mi dolor, y me resigné...

Desde entonces mi vida está vacía; apartado del teatro del mundo, miro la funcion entre bastidores sin interesarme por ella. Las cuerdas de la lira de mi alma se han roto en silencio una tras otra, y ni el dolor ni el placer pueden sacar de ellas una melodía ni un gemido. Semejante á aquellas mujeres que llevan en sus entrañas el fruto de su amor muerto antes de nacer, yo como todos los jóvenes del siglo XIX camino con un cadáver dentro de mí, y este cadáver es mi propio corazon.

Así acabó de hablar Eugenio; y D. Ramon, aunque entendió bien poco de su discurso, se sintió conmovido como le sucedia muchas veces en el teatro, donde aunque ni los sentimientos ni las palabras le interesaban, los movimientos de los actores y el tono de su voz lograban afectarle.

Esperanza le encontró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha dicho? le preguntó.

—Es muy desgraciado, respondió D. Ramon, y se separó de ella sin añadir una palabra.

CAPITULO III.

ESPERANZA.

Desde aquel dia el silencio de Esperanza comienza á ser mayor, y mayor su aficion á la soledad. No era extraño verla en su cuarto pasar horas enteras sentada junto á la consola de su tocador, con los ojos fijos en la tabla de caoba y escribiendo distraida con el dedo el nombre de Eugenio. Después lanzaba un suspiro, miraba un reloj, memoria de su madre, como el cuadro de la Virgen, y cuando era la hora conveniente, acudia á la cabecera del herido de quien como he dicho ya se habia constituido enfermera. Entonces, al entrar en su cuarto, su rostro se coloraba con el rubor que desciende de la frente y que tanto hermosea á la mujer. Sus labios se hinchaban, sus ojos se encendían y se entornaban, su pulso temblaba, y su voz se enroquecia. ¿Cuál era la causa de esto? Esperanza lo ignoraba; pero cualquiera mas instruido que ella en estas cosas hubiera conocido en tales sintomas las únicas señales del amor que el arte muy rara vez acierta á fingir.

Eugenio se apercibió pronto de ello, y no pudo menos de corresponder con su agradecimiento á la ternura de su enfermera. Aquel amor inocente y puro descendia como un rocío del cielo en su alma marchita, y la purificaba, porque su corazon no estaba muerto como él pensaba, sino solamente adormecido. Los desengaños habian gastado su cabeza, la habian corrompido; pero por un fenómeno muy comun en la juventud de nuestro siglo, su corazon apenas estaba usado. Las pasiones que podia engendrar serian desgraciadas sin duda, pues su inteligencia las marchitaria en flor, pero no por eso serian menos violentas. Sin embargo, ni una palabra se escapó de sus labios que denunciase su amor, y Esperanza misma llegó á creer dolorosamente que no existia.

Pero el D. Ramon fué en esto mas perspicaz, y trató de impedir que siguiese adelante, proporcionando á Eugenio los medios de pasar al extranjero y enviando á Esperanza mientras llegaba el dia de la partida con una parienta suya que á la sazón estaba en Badajoz.

El dia en que los dos jóvenes se despidieron no se dijeron una palabra de amor, como no se habian dicho nunca: los ojos de Eugenio y el rubor de Esperanza habian hablado solamente, y las miradas de Euge-

nio y las lágrimas que llenaban los ojos de Esperanza, por mas que intentaba disimular su emoción, fueron las únicas que hablaron en su despedida; pero aquellas miradas y aquellas lágrimas valieron por mil uramentos de amor.

La joven lo comprendió así, y partió dichosa, aunque triste por tener que separarse del objeto de su cariño, aunque esperaba que no durase mucho la separación. Todo el viaje fué recreándose en formar sueños de felicidad para el porvenir y complaciéndose en recordar las palabras, las mas pequeñas muestras de cariño que habia recibido de Eugenio; las veces que se habia alejado de él creyendo que intentaba declararse, sin embargo de que ella deseaba que lo hiciera y que no tenia nada de coqueta, fenómeno del amor que aun no ha explicado ninguno; los pensamientos sobre el amor en general que alguna vez le oyó, y los deseos para el porvenir que habia creído sorprender en sus palabras.

Meditando de este modo llegó á casa de Doña Petra, su tía materna, á cuya vigilancia iba encomendada.

Era Doña Petra una señora para quien los años tenían 18 meses, por lo cual decía que contaba solo 30 de edad. Su estatura era pequeña, su rostro enjuto y prominente, sus ojos vivos y muy movibles, al modo de los de la ardilla; su boca grande y su cabello escaso; pero á pesar de esto, se creía bella y era en extremo coqueta. Cuando vió á su sobrina, no pudo contener un gesto de enojo considerando cuán peligroso rival sería; pero pronto encontró un pretexto para deshacerse de ella en las preocupaciones de la sociedad. ¿En qué reunion admitirían á la hija de un mercader? Si hubiera reñido al menos con su padre porque no cerraba la tienda, la sociedad la hubiera compadecido y admitido en su seno por la nobleza de sentimientos que demostraba en ser mala hija; pero Esperanza amaba tiernamente á su padre, y tenia demasiada grandeza de alma para avergonzarse de su cuna. Estaba pues condenada al ostracismo, y no la pesaba en manera alguna.

Pero pasaban los días y no tenia noticia alguna de Eugenio. Su padre no le nombraba en sus cartas, y Esperanza no se atrevía á nombrarle tampoco en las suyas. Si hubiera sido un extraño, era natural que preguntara por él; pero era su amante, y temía que lo descubrieran.

(Continuará.)

LOS AGUINALDOS DE LUCIANO.

Apenas tenia diez y seis años Luciano Llervey, cuando sin abandonar sus estudios, estaba muy adelantado en el conocimiento de las plantas medicinales y de sus propiedades; siempre debe estar seguro de acertar en su empresa cuando pone de su parte aptitud y constancia: convencido de esta verdad el joven Luciano, no habia cejado ante ningun obstáculo con tal de instruirse en botánica y medicina teórica; porque decía en su interior: no solo adquiriré una ciencia que es de sumo interés, sino que podré prestar importantes servicios á los enfermos pobres que el cielo me depare, y á quienes su ignorancia y la imposibilidad de pagar un médico, espondrán á graves accidentes.

Para recompensar sus caritativas intenciones, la Providencia permitió que muy pronto tuviera ocasion de ponerlos en práctica.

Un día Luciano volvía muy alegre de formar una coleccion de yerbas (bajo los auspicios de M. de Jassien) que le habia ofrecido un gran herbario de plantas cuidadosamente encerradas y clasificadas en una caja larga y de figura ovalada que llevaba colgada á la espalda: acababa de despedirse del célebre profesor, y se dirigía muy de prisa á la casa paterna, cuando un espectáculo inaudito le hizo detener su marcha, y excitó su compasion: á la entrada del arrabal se encontró con una mujer de unos sesenta años, sumamente delgada y ojerosa, y cuyos ojos casi moribundos indicaban á no dudar que el mal y la miseria la habian puesto á las puertas del sepulcro; sentada ó mas bien echada en un banco á la puerta de una casa de mezquina apariencia, cubierta de andrajos que dejaban ver su completa desnudez, la moribunda parecía que solo esperaba el momento en que Dios se dignara llevársela. Luciano afectado en extremo al verla, se acercó á ella con el respeto debido á la desgracia, y sobre todo cuando es anciano el que sufre sus deplorables efectos, y la preguntó con el acento de la mas tierna piedad la causa de los sufrimientos de que parecia ser víctima.

—Ay hijo mio! le respondió con voz débil y temblorosa, padezco hace mucho tiempo un martirio cruel; he estado muchas veces en el hospital, pero nunca he podido curarme, y no me permiten permanecer allí... Bien veo que es preciso que muera de este modo, puesto que no tengo recursos para tener un médico!

—¿Pero no hay médicos que tienen consultas gratuitas?

—Pero es necesario ir á su casa, respondió la anciana .. y además,

¿cómo he de comprar los medicamentos...? Por otra parte, mi enfermedad es desconocida.

—¿Qué sentís pues? la volvió á preguntar Luciano sumamente afectado.

—Insoportables dolores que son casi continuos, y me inutilizan para el mas pequeño trabajo; antes hacia los quehaceres domésticos, hilaba, lo que me proporcionaba medios de atender á mis necesidades... ¡Pero por mi desgracia, bondadoso joven, cuando me ataca el mal con violencia, bien en mi cama, bien en este banco, cuando me encuentro con fuerzas para bajar á sentarme en él, no tengo mas amparo que la caridad de mis vecinas... no son mas raras que yo, pero tienen buen corazon... Los obreros se consuelan mutuamente porque saben por experiencia cuán amargo y terrible es el mal!

Al llegar aquí, la pobre mujer dió un profundo suspiro, y gruesas lágrimas humedecieron sus hundidas mejillas, que revelaban que las derramaba á menudo. Luciano le costó trabajo contener las suyas al escuchar sus sentidas palabras.

—Tened confianza en Dios, buena mujer; jamás abandona á los que le imploran sinceramente.

—Solo esta idea me sostiene, hijo mio; pero á veces creo que el Dios de bondad no se ocupa de una desgraciada anciana como yo!

—Os engaños, replicó gravemente Luciano; se ocupa de todas las criaturas. ¿Quién os ha dicho que no ha permitido que yo os encuentre hoy?

La enferma miró á Luciano con una espresion de sorpresa mezclada de incredulidad.

—Quizá no sean incurables vuestros males, continuó Luciano después de un momento de reflexion.

He leído un ejemplo de dolores que me parece que son iguales á los vuestros, y que lograron curar.

Entonces Luciano interrogó largamente á la enferma, á fin de obtener los datos que le eran indispensables para dirigirse en el tratamiento que habia resuelto emprender, y convencido de que eran los mismos síntomas que estaban consignados en sus obras de medicina, lleno de la mas pura alegría concibió la esperanza de devolver la salud á aquella pobre mujer.

«Mejor quisiera, decía en su interior, la presencia, los consejos de un médico; pero puesto que no es bastante rica para pagar á los que piden honorarios, y que no puede ir á casa de los que pueden exigirlos, tomaré á mi cargo el hacerlo por mi mismo: por otra parte, sucumbe mas bien bajo el peso de la miseria que el de una verdadera enfermedad, y creo no cometer una imprudencia ensayando su curacion.»

En seguida volviéndose á la anciana la dijo con bondad:

—Os traeré lo que os hace falta: ¿vivís en esta casa?

—Sí señor, respondió haciendo un esfuerzo para inclinarse delante del adolescente, en quien veía mas que un protector, un ángel tutelar que el cielo le habia enviado para salvarla: es positivo que la verdadera ciencia inspira confianza y respeto.

—Vendré á veros mañana, replicó Luciano enterándose del número de la casa. ¿En qué piso está vuestra habitacion?

—En el último... la puerta en el fondo del corredor... la viuda Simon... pero un caballero como vos no querrá entrar en mi pobre vivienda.

—Buena mujer, vivid persuadida que haré cuanto esté de mi parte por aliviaros.

—¡Oh! si no olvidais á la desgraciada viuda Simon, exclamó ella llevando á sus labios una de las manos del joven antes que tuviera tiempo para retirarla, os bendecirá hasta la muerte...

—Contad conmigo... Valor! la dijo Luciano haciéndola un afectuoso saludo: hasta mañana.

Y volvió á toda prisa á su casa ardiendo en deseos de entregarse al estudio que podia asegurarle el buen éxito de su empresa.

Luciano no hizo participes á sus padres de lo que acababa de sucederle; no porque jamás hubiera dejado de confiarles y hacerles jueces de su conducta, sino porque le parecia que el verdadero mérito de una buena accion consiste en no hablar de ella: los simples que ha recogido con tanto cuidado esta vez los despreció, porque pensaba que siempre tenia tiempo para hacer colecciones de yerbas, y que no se presentaban con tanta frecuencia las ocasiones de ser útiles á sus semejantes para despreciarla.

Después de haber empleado muchas horas en hojear los libros de su biblioteca médica, se fijó en el plan que debia adoptar: le faltaban los medios para costearla y proporcionar á su protegida todos los cuidados que reclamaba su triste estado; pero por esta parte estaba tranquilo. Seis meses antes el día de año nuevo, y en recompensa del premio que habia obtenido en el colegio, Mr. Llervey le habia regalado una bonita bolsa con diez piezas de 20 francos nuevecitas: «Haz buen uso de ella:» tal fué la única recomendacion que le hizo este buen padre al darle sus ricos aguinaldos. Luciano, que ya comprendía el valor del dinero, habia conservado intacto su pequeño tesoro; y no le pareció que encontraría

ocasion mas oportuna de disponer de él, alegrándose mucho que una loca prodigalidad no le hubiera privado de cumplir la buena accion que tanto le halagaba.

Terminados sus preparativos, Luciano se puso de rodillas y suplicó ardientemente al Supremo Ser que le guiase en la obra de caridad que meditaba, y se acostó; durmió poco; tan preocupado estaba con la idea de que debía empezar observando los efectos, y gozar del consuelo que experimentaría ella si los resultados eran tan saludables como él deseaba con vivas ansias.

(Se concluirá.)

HISTORIA DE LAS MODAS.

Pues es justo que algun dia me dedique á mis lectoras, hoy he de hacerlo escribiendo un artículo de modas.

¡La moda! reina del mundo, del orbe entero señora, que las bellezas del hombre con las suyas perfecciona.

¡Qué hermosos tiempos aquellos en que con sola una hoja andaban todos tan guapos y tan hechiceras todas!

Mas ¡ay! acabaron pronto costumbres tan venturosas, y aquellas modas buyeron para dar lugar á otras.

Ya el pueblo de Dios andaba enfundado en luengas ropas, sin desdeñarse ninguno de ser pastor ó pastora.

Y las niñas de mas dote, y las princesas mas monas espigaban y lavaban y eran cocineras propias.

Vistió el Egipto á sus hijos con la esbeltez de sus momias, y zampaban puches negros Esparta y Lacedemonia.

Entre pórfitos y jaspes habitaron Grecia y Roma, con el néctar de Falerno manchando purpúreas togas;

Y servian por las calles los polvos de oro de alfombra, y de manjar, de las aves las lengüecitas canoras.

¡Qué gusto, lectoras mías! las espléndidas matronas se mudaban de maridos como de guantes vosotras.

Era la moda del moro llevar las barbas muy foscas y cuatro tiendas de lienzos arrolladas en la cholla.

Tener fuentes cristalinas, grandes palacios y aromas, una pipa de dos leguas y un gran almacén de moras.

¡Quién os viera, lectorcitas, damas feudales pomposas, ya en una mano el venablo, ó ya el halcón en la otra!

Ya vistiendo la coraza al marido que os adora, ó ya esperando que torne desde una almena ruinosa.

¡Qué trajes! vosotras llenas de oro, brocados y joyas, y el hombre una pierna blanca y la opuesta pierna roja.

O vestido él y el caballo con tela de cacerolas blandiendo en la fuerte diestra cuatro arrobas de tizona.

¡Llegad ya, gratos recuerdos de la ropilla española,

de mangas acuchilladas de cueras y de valonas!

Cuando andaban tantas brujas con su rosario y su doña, pastorcitas de las niñas, dueñas de anteojos y tocas;

Cuando envueltas en un manto iban damas y fregonas, asomando medio ojito de padre y de hermano incógnitas;

Cuando llevando carlancas los hidalgos de mas pompa asomaban la cabeza por aquella inmensa gola;

La culta Francia entre tanto estendió por toda Europa los bordados terciopelos y casacas monstruosas.

Parecian perros de aguas las cabezas mas pelonas con el bosque de cabellos que les servia de gorra.

Sus hebras de oro las bellas en nevada selva tornan, y las elevan y tejen en altísimas corozas.

Atan los hombres sus greñas colgando al fin una bolsa do encierran los corazones que sus gracias enamoran.

Pero ya las que ostentaban talle de abispas y moscas entre hierros que le oprimen y de faldas las engordan,

Al cabo de muchos años en almohadas se trasforman, bajo el brazo la cintura y las mangas como bombas.

Su blanca ó morena frente con menudos rizos orlan, y un calesín con cintajos sobre el cráneo se colocan.

Así encantan *petimètres* con la campana en las botas, frac de piston, dos relojes y corbata hasta la boca.

Y ved aquí las levitas, cuales largas, cuales cortas, el pantalon de trabillas y el sombrero Babilonia.

Ya estamos en nuestros tiempos; ya va acabando esta crónica, que lo que falta sin duda lo guardais en la memoria.

¡Quién, aunque tenga mi fecha, fecha que no tendreis todas, no ha variado sus disfraces con mil ridiculas cosas?

Ya las melenas muy largas y la barba á usanza goda, ya retorcido el bigote y patillas de cien formas.

Ya enseñando el zapatito y las galgas caprichosas, ya con la bota francesa y los vestidos de cola.

Ya dos mamparas por cuellos, ya... pero hablar no me toca de modas de hoy; para eso, hay periódicos de sobra.

Mas desde Adán hasta el dia, por mas que cambien las modas, las feas siempre son feas, las hermosas siempre hermosas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.